

EL GALAYO

Cuenta la leyenda que el año 1345. Juan, un chico de poco más de diecinueve años, alto, de aspecto juvenil y con unos ojos azules como el cielo que contrastaban con su tez albina y su pelo negro, se acababan de instalar en una villa de poco más de tres mil habitantes, ya que a su padre le habían ofrecido un puesto de trabajo. A Juan no le pareció buena idea en principio, ¿perder toda una vida para irse a vivir a aquel pueblucho apagado! Pero como casi todo sucede en la vida, nadie podría adivinar lo que estaba a punto de sucederle en pocos días.

Una mañana a principios de la primavera, Juan caminaba por el pueblo investigando todos los secretos que encerraba y se topó con una especie de lago, de agua limpia y transparente. Aquello debía de ser sin duda la famosa laguna de El Galayo, de la que todo el mundo hablaba en el pueblo. En ese momento, un anciano con garrota y con un sombrero estaba dándole de comer a aquellos hermosos patos que habitaban el lugar. El lago tenía una especie de roca perfecta para pasar la tarde leyendo o simplemente disfrutar de las vistas. Se subió a aquel montículo, no era gran cosa pero era un bonito paisaje y desde allí pudo contemplar cómo al otro lado el anciano se encontraba con una hermosa muchacha, Juan fue corriendo hasta allí para observarla bien y, nada más verla, se quedó impregnado, se le hizo un nudo en la garganta era rubia, alta, con unos ojazos verdes y con una sonrisa que a cualquiera le dejaría boquiabierto. Al joven no le quedó más remedio que salir corriendo.

Pasaron los días y Juan no la volvió a ver, pero un día en la plaza, ella caminaba sola por la calle disfrutando del paseo, otra vez se le hizo el mismo nudo en la garganta pero esta vez tenía pensado sí o sí pedirle dar un paseo o lanzarse.

Después de todo quien no arriesga no gana, y sin inmutarse fue directo hacía ella, avergonzado y entrecortado le pidió dar un paseo; la muchacha aceptó sin dudarle.

Mantuvieron un largo paseo por la villa, y llegaron hasta aquel precioso lago donde se conocieron y juntos le echaban comida a los patos y se sentaron juntos en la roca y estuvieron allí observando el atardecer como dos adolescentes enamorados. Ella se llamaba Victoria, tenía diecisiete años y era hija de un hombre importante para la Corte. El chico le dijo su opinión sobre ella; lo hermosa que era , su bonita cara y lo

fascinante que le parecía haber estado con ella toda la tarde y, sin ningún miedo, le pidió salir. La chica aceptó, pero dijo que había un pequeño inconveniente aunque ese no era ni el momento ni el lugar para decírselo.

Era una pareja feliz y enamorada, pero un día al chico le llegó una oferta de la vecina localidad pesquera de Santa Pola para trabajar en unas salinas y él no podía rechazarla. Se llevó a la chica a la roca y le contó la situación. Ella, enfadada, echó a correr y dijo que no quería seguir con él. Juan iba a salir corriendo detrás de ella pero el anciano, el mismo que había visto el primer día que visitó el lago, le frenó y le dijo que no había podido evitar escuchar la conversación, y le contó una historia sobre aquel lugar que le dejó perplejo: aquel lago, que todos conocían como El Galayo, era en realidad un ojo de mar; y si te sumergías en él podrías llegar a las playas de Santa Pola en pocos segundos. Sin embargo, le advirtió de que si abusabas podrías enfadar a los dioses que habitaban en las aguas y estos podrían condenarte por la eternidad, pero Juan no temía a nada.

Se encontraban en la plaza los dos juntos; Victoria le pidió perdón por su berrinche del otro día e hicieron las paces. Sin embargo, Juan no le contó nada de su conversación con el anciano. Sí le rogó que lo esperara porque en cuanto ahorrara un poco de dinero con su trabajo volvería al pueblo para casarse con ella y hacerla la mujer más feliz del mundo. Al cabo de una semana, se marchó a Santa Pola con la promesa de que se escribirían todos los días.

Al cabo de una semana el chico se fue a Santa Pola a trabajar. Casi todos los días se solían escribir.

Juan trabajaba con normalidad y Victoria estaba en la villa esperándole. Juan, que no olvidaba la historia del anciano, pensó en cruzar las salinas hasta llegar al lago, pero no estaba seguro de hacerlo por miedo a los dioses y lo dejó estar.

Pasaron los meses y las cosas habían cambiado. De repente, e inexplicablemente, un día dejaron de llegar cartas de Victoria. Juan no entendía por qué había dejado de tener noticias suyas y pasaba los ratos en soledad recordando—los momentos que pasaban junto al lago, quizás era un lugar cualquiera pero su historia lo hacía más bonito. Ya nada volvería a ser igual.

Un día, mientras Juan se encontraba trabajando en las salinas, una noticia le rompió el corazón por completo. Victoria estaba prometida con un hijo de un famoso duque e iban a casarse esa misma tarde. Sin respuesta en la boca estudió la idea del anciano de viajar a la villa a pedirle alguna explicación si es que existía una posible.

Sin más decidió adentrarse por aquellas lagunas saladas e inmediatamente fue abducido por las aguas. Fue tan grande el impulso que justo al salir del lago quedó sentado en la misma roca de siempre. Corrió por toda la villa en busca de su novia, si así podía llamarla todavía. En la iglesia había mucha gente y ya antes de entrar se temía lo peor y así fue.

Victoria estaba allí con el hijo del duque y el cura. Echó la mirada atrás y allí estaba Juan desolado; antes de que esta pudiese pronunciar palabra ya había desaparecido, Victoria, destrozada, se marchó de la iglesia y corrió hacía la roca donde pasaban esas maravillosas tarde. Alberto, el hijo del duque, fue detrás de ella y al llegar allí soltó: ¿Este era el joven del que tanto me habías hablado? ¿Cómo pretendes abandonarme por este villano?

Al finalizar la discusión, Alberto le lanzó una bofetada a Victoria. Juan, presa de la ira, empezó una brusca pelea, nadie sabía que Alberto en realidad no era hijo del duque sino que era descendiente de los mismos dioses del lago. El anciano observó la pelea con discreción y decidió usar los poderes que tenía para esconderse en un agujero al fondo de la piedra. Dijo a los jóvenes que si se escondían en ese mismo lugar no les pasaría nada, y así fue: corrieron desolados y se escondieron. La piedra rugía mucho, como si un volcán fuera a erupcionar en ese mismo lugar. Los dioses, enfurecidos porque Juan había atravesado el lago y desobedecido los consejos del anciano, decidieron hacer la piedra lo más grande posible para que nunca pudieran escapar de allí.

Se dice que antes de morir, Juan le pidió matrimonio a Victoria en ese mismo lugar, pero la respuesta nunca se supo.

En la actualidad, la piedra sigue tan enorme como la dejaron los dioses. En su superficie, sólo destaca un agujero pequeñito que nos recuerda la historia de la que fue testigo. Según los más ancianos, todo aquel que encesta una piedrecita ahí encontrará el amor y celebrará una boda, y se salvará del triste destino que separó para siempre el camino de Juan y Victoria, los enamorados de El Galayo.